

EL PRINCIPE CONSTANTE

1. El hada salió de lo hondo del bosque de las encinas y cortó el camino al príncipe.

—Escucha, príncipe.

—¡Hola guapa!

—¡Déjate de tonterías! Quiero hablarte muy en serio. Soy un hada, y un hada no debe nunca ni decir ni oír tonterías. ...Mira. Tú vives contento ¿verdad? Comes carne de cordero y frutas secas y bebes vino de la tierra; haces reverencias a los árboles de tu parque y dejas caer las flores en el río; tienes viejos amigos que te llaman muchacho y de vez en vez te arriesgas a vestir al modo cortesano; te gustan los caballos y pereces por las mozas... No puede ser. Voy a hacer que en adelante comprendas cuán mezquina es tu felicidad y cuán tonta tu dicha.

(El príncipe se avergonzó pensando en lo que le gustaban los caballos y las mozas).

2. Sucio y pálido andaba el príncipe. El frío y el sueño le apretaban en todos los rincones del palacio.

Un día su madre, que eternamente hilaba la rueca al modo bobo, le sonrió desde su cuartucho.

—Estás asqueado ¿verdad, hijo?

El príncipe dió un grito y le rompió la cabeza de un puñetazo. A la reina viejuca los ojos le quedaron torcidos por debajo de la toca y la boca arrugada y prieta por encima del babero.

El príncipe se tiró en el suelo y empezó a llorar. Al poco tiempo se durmió y soñó que una manada de cerdos desorejados comían las puertas de su casa.

3. Por segunda vez el hada salió de lo hondo del bosque de las encinas y cortó el camino al príncipe.

—Hice que entendieras cuán mezquina era tu felicidad y cuán tonta tu dicha. Llené tu corazón de hastío. Este hastío hubiera debido dignificarte (el príncipe pensó sin querer en los caballos y en las mozas y se avergonzó de haber roto la cabeza a su madre); pero sólo ha servido para convertirme de bestia en fiera... No puede ser. En adelante la ilusión será tu único patrimonio. Serás mendigo.

4. Y mendigo se encontró el príncipe en el medio del camino, frente a un viajero mercader.

—Dios te guarde, hermano, y te dé su paz—saludó en voz baja el viajero mercader.

El príncipe lo descabalgó de una cuchillada en el vientre. Arrancó luego el saquillo de su cinturón y se alejó poco a poco, mirando cómo el viajero mercader volcaba su sangre en las piedras del camino.

5. Por tercera vez el hada salió de lo hondo del bosque de las encinas y cortó el camino al príncipe.

—Hice de ti un mendigo. Esperaba que la necesidad te convertiría en un hombre humilde y esperanzado. Y me he equivocado. La necesidad te ha convertido en un pobre desesperado... No puede ser. En adelante no sentirás ya ni el hastío del fácil contentamiento ni la angustia de la necesidad. Serás un pequeño burgués.

6. Y el príncipe se encontró en una casita baja de la calle de los Cuchilleros.

Su fortuna era regular y con ella podía ir viviendo regularmente. Pero...

Y sucedió que un año hubo hambre en la ciudad. Y sólo en los graneros del príncipe había trigo, porque el príncipe era listo y había discurrido con razón.

Y he aquí que el oro de los ciudadanos fué a parar a los graneros del príncipe.

7. Por cuarta vez el hada salió de lo hondo del bosque de las encinas y cortó el camino al príncipe.

—Hice de ti un hastiado y rompiste la cabeza a tu madre; hice de ti un mendigo y abriste el vientre de una cuchillada al viajero mercader; he hecho de ti un pequeño burgués y has robado a todo un pueblo... ¿Quieres decirme qué remedio puede tener tu maldad? Porque lo que es yo, no conozco ninguno que esté a mi alcance...

El príncipe bajó los ojos un tanto avergonzado. Se dió cuenta, por vez primera, de lo mal que había obrado y sintió ganas de so-

llozar y de recriminarse. Pero se dominó y alzó la vista hacia el hada del bosque de las encinas,

—¡Oye!... ¿por qué no te casas conmigo?... Tú eres buena... y así... estando siempre a mi lado...

El príncipe se interrumpió. Le habían gustado mucho los caballos y las mozas; pero, como es natural, jamás se había declarado.

El hada del bosque de las encinas se puso como la grana y empezó a balbucear.

—¡Yo!... ¡Yo!... ¡Yo!... ¡vamos!...

8. Al día siguiente se casaron. Hubo escándalo en el Reino de las Hadas y sorpresa en el Palacio. Pero la situación se normalizó en media semana y a partir de entonces puede decirse que la vida de ambos esposos se deslizó con toda felicidad.

Tuvieron seis hijos: tres chicos y tres chicas. Los chicos, desde su más temprana edad, comenzaron a gustar de los caballos y de las mozas; y las chicas, también desde su edad más temprana, comenzaron a sentir el tirón del bosque de las encinas, de ese bosque en cuyas entrañas la noche guarda una piedra hecha luna blanca y negra.

De cuando en cuando al hada le estallaba en los labios la risa que temblaba en su corazón.

—Yo... yo soy un hada, y por lo menos, por lo menos, me quedan mil años de vida todavía...

—¡Calla, bruja hereje!—murmuraba el príncipe. Y se le repudría por dentro el alma.

Pero estas escenas no ocurrían con demasiada frecuencia. Y cuando el príncipe murió de unas hierbas que le dieron, el hada se acercó a su cadáver y lo miró con una mirada muy larga y muy triste.

